- *El sentido de la vida. El significado de vivir humanamente, esto es, vivir de verdad, no simplemente sobrevivir o, como se ha hecho expresión común, «ir tirando». El sentido de la vida no es algo meramente dado, tiene que ver con la dramaticidad de la vida, con la conciencia de podernos realizar o destruir en nuestras acciones.*

- Cfr. Una luz para el obrar, Livio Melina, José Noriega, Juan José Pérez-Soba, Ed. Palabra 2006. Cap. XVI, El encuentro con Cristo. Inicio de una vida (Juan José Pérez-Soba), pp. 303-306
  - **Dos afirmaciones: de Santa Teresa y de San Pablo**
    - **Resultan absolutamente incomprensibles las expresiones anteriores si por vida entendemos solo la vida física.**

«Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero / que muero porque no muero»[1]. Quizá esta afirmación de santa Teresa, además de ser una de las cumbres líricas de la literatura española, es también la traducción más perfecta en original castellano de una de las afirmaciones más sublimes de san Pablo: «Mi vivir es Cristo y una ganancia el morir» (Filipenses 1, 21). La genialidad de su interpretación reside en que sabe formular de forma paradójica permanente, propia de la perfección de la vida cristiana, la intensidad de la expresión de san Pablo, que es, ante todo, una conclusión de su deseo de morir para estar con Cristo (v. 23). En el corazón de la paradoja entre la vida y la muerte se nos revela, con una fuerza dramática y existencial, de qué forma Cristo es nuestra vida. Para entenderlo, hemos de interpretar de un modo muy determinado lo que significa para el hombre vivir.

Podemos tener presente la frase de santa Teresa como medio para discernir el significado que tiene la vida en referencia a Cristo. La insistencia en definir la vida no por sí misma, sino por la «esperanza» de «tan alta vida» que es el término medio de la afirmación, sirve para unir los otros dos elementos: el «vivir fuera de sí» y el «morir». Es una primera articulación interna que nos va a servir de camino.

Resulta absolutamente incomprensible la expresión anterior si por vida entendemos solo la vida física. Se trata de un sentido tan corto de existencia que impide que la presencia de Cristo la vivifique en verdad. El hecho de poder vivir «en alguien» y no «vivir en mí» nos abre a un modo de vida diferente y que puede iluminar la misma muerte que ya no es un mero fin, sino un principio de vida.

- **Tampoco nos sirve para iluminar esas expresiones un sentido simplemente poético.**

Tampoco nos sirve para iluminar la expresión un sentido simplemente poético. Este es, sin duda, el lenguaje que usa la Santa para expresar la verdad que quiere comunicar. Pero podemos decir con seguridad que, si la considerásemos una simple metáfora, perdería su valor fundamental. Entre otras muchas razones, sería muy poco original en su lenguaje. En gran parte de la poesía amorosa, las expresiones acerca de un valor extático del amor o del «morir de amor» son abundantísimas[2]. Aquí la fuerza de la expresión reside en que usa el término vida no como una licencia poética con una proyección afectiva, sino con un profundo realismo. De nuevo el «tan alta vida espero» indica la seguridad absoluta con la que habla. Tal «alta vida» tiene un valor absoluto más allá de una proyección simbólica más o menos bella, se trata de un asunto en el que la verdad de la expresión es necesaria para hablar con propiedad y solo puede entenderse como vida eterna. Esta interpretación está sostenida por la relación de oposición entre vida y muerte que da un valor intensamente humano a todo el conjunto. Queda reflejado, finalmente, en la serenidad que invade todo el conjunto de la poesía, tan alejado de la sublimación de la intensidad dramática que quieren dar los otros poetas a sus composiciones.

  - **1. EL SENTIDO DE LA VIDA**
    - **Buscamos entender lo que significa vivir humanamente, esto es, vivir de verdad, no simplemente sobrevivir o, como se ha hecho expresión común, «ir tirando».**

---

[1] SANTA TERESA DE JESÚS, Obras completas, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1986, 1177.

[2] Sirva como ejemplo nuestro Lope de Vega: F. LOPE DE VEGA Y CARPIO, Santa Casilda, en Teatro Teológico Español, II, BAC, Madrid 1946, 618: «Por ella muriendo vivo, / por ella de la muerte voy, / por ella sin vida estoy. / Libre soy y soy cautivo». IDEM, El niño diablo, en o. e., 543: «que sí que no estoy en mí / porque sé que en vos estoy».

La importancia indudable y lo excelso del verso teresiano está, precisamente, en la profunda verdad que expresa. En efecto, nos deja patente la existencia un sentido de vivir que todo hombre intuye al escuchar los versos, y que llama con urgencia a ser convertido en vida. En fin, el modo como nos sentimos interpelados por el poema es una invitación a descubrir un sentido. Así lo percibimos sin necesidad de muchas reflexiones. Toca una fibra sensible del hombre, algo cercano a su corazón, porque está presente en el modo mismo de enfocar su existencia.

Buscamos, por tanto, entender lo que significa vivir humanamente, esto es, vivir de verdad, no simplemente sobrevivir o, como se ha hecho expresión común, «ir tirando». Vivir solo para mantener la vida es un profundo contrasentido o, mejor, un obvio sinsentido que afecta al vivir que deja de ser plenamente humano[3].

Estamos ante una dimensión propia de todo hombre y que descubre, por eso mismo, en su vivir. Un testimonio cualificado de eso es la conocida frase de Juvenal: «Considera el mayor crimen preferir la supervivencia al pudor y, por amor de la vida, perder el sentido de vivir» [4]. Es la misma frase que usa Kant como colofón de la *Crítica de la razón práctica* para mostrar lo específico del sentido moral frente a un simple vivir físico o biológico. La moralidad es aquel único modo de existencia que responde a la dignidad de la persona[5]. Vivir con dignidad no es autoafirmarse frente a los demás como reclamo de un respeto, sino la búsqueda de un sentido más grande que mi vida fáctica.

Aquí está el fundamento humano básico de todo obrar moral que nos permite dar una dirección a la vida del hombre. No se trata solo de juzgar sobre los actos concretos, sino de vivir la vida con sentido. A este sentido de vivir es al que hacen referencia san Pablo y santa Teresa, o mejor, estos tratan de un nuevo sentido de vivir que han descubierto en Cristo.

- **Solo desde la percepción básica de un significado de vivir más grande que la vida física, es posible captar lo específico de la revelación de Cristo como vida.**

Podemos entender ahora que, solo desde la percepción básica de un significado de vivir más grande que la vida física, es posible captar lo específico de la revelación de Cristo como vida[6]. Dicho de otro modo, cuando el hombre se asienta solo en un vivir comprendido como conservar la vida física o juzga la existencia humana como una «calidad de vida» que admite grados diversos y que se suele medir en términos de bienestar, es entonces imposible que el cristianismo aparezca como una propuesta de vida. El contenido de la fe se interpretará, entonces, como un sistema ideológico que, en la actualidad, inevitablemente se juzgará como desfasado y muy difícil de aplicar en los ámbitos de la existencia cotidiana.

- **Igualmente si seguimos entendiendo toda referencia a esa vida «fuera de uno mismo» como una proyección de los propios deseos que da una sensación de paz, se pierde así el contenido propio de la vida como horizonte, como algo que alcanzar.**

Igualmente, si seguimos entendiendo toda referencia a esa vida «fuera de uno mismo» como una proyección de los propios deseos que da una sensación de paz, se pierde así el contenido propio de la vida como horizonte, como algo que alcanzar. Entonces, se puede admitir el lenguaje de «vivir en Cristo» y repetirlo con convencimiento, pero queda como una mera veleidad, es decir, una especie de creencia que ni siquiera guía nuestra vida. Es lo que ocurre cuando insistimos en un *sentido espiritual* separado de toda realización de la vida, puede ser fuente de consuelo, que no es poco, pero es incapaz de ser constructor de una «vida lograda».

El sentido de la vida no es algo meramente dado, tiene que ver con la dramaticidad de la vida, con la conciencia de podernos realizar o destruir en nuestras acciones.

El sentido de la vida no es algo meramente dado, tiene que ver con la dramaticidad de la vida, con la conciencia de podernos realizar o destruir en nuestras acciones. Es un nuevo sentido de vivir o morir como

---

[3] Para el sentido de la vida en su pluralidad de significados: cfr. L. MELINA, «Vita», en G. TANZELLA-NITTI-A. STRUMIA (eds.), *Dizionario interdisciplinare di Scienza e Fede*, Urbaniana University Press-Città Nuova, Roma 2002, 1519-1529.

[4] JUVENAL, *Satirae*, VIII, 83-84: «Summum crede nefas animam praeferre pudori / et propter vitam vivendi perdere causas». Citado en: *Veritatis splendor*, n. 94.

[5] Cfr. I. KANT, Kritik der praktischen Vernunft, Z. II, A 283. Es una cita especialmente querida por Kant y se encuentra al menos otras dos veces en sus obras.

[6] Un hermoso desarrollo de este argumento está en: O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «"Navegar es necesario-Vivir no es necesario". Reflexión sobre el sentido de la ética», en *Salmanticensis* 43 (1996) 365-394.

nos lo recuerda san Agustín, cuando nos dice que el hombre: «¿No está acaso simultáneamente en la vida y en la muerte; es decir, en la vida que vive mientras no le es arrebatada del todo, pero en la muerte en que ahora mismo está ya muriendo mientras la vida se le está yendo?»[7].

Entonces, el sentido de la vida se nos presenta como una pregunta, con un valor plenamente existencial que el hombre debe encontrar en su propia historia. Podemos, entonces, entender lo radical de la propuesta de Blondel cuando señala con fuerza:

¿Sí o no? ¿Tiene la vida humana un sentido y el hombre un destino? Yo actúo, pero sin saber siquiera en qué consiste la acción, sin haber deseado vivir, sin conocer exactamente ni quién soy, ni siquiera si soy. Oigo decir que esta apariencia de ser que se agita en mí, que estas acciones leves y fugaces como sombras llevan en sí un peso eterno de responsabilidad, y que no puedo comprar la nada ni siquiera a precio de sangre, porque para mí la nada ya no existe. ¡Estaría entonces condenado a la vida, condenado a la muerte, condenado a la eternidad! Pero ¿cómo y con qué derecho puede ser así, si yo ni lo he sabido ni lo he querido?»[8].

Con esto afirma con firmeza desde un principio que todo posible sentido de la vida no puede ser algo ajeno a lo que me mueve a actuar. Cualquier planteamiento que quiera separarlo del modo como todo hombre busca su propio destino por medio de sus acciones resultará algo ajeno , por tanto, sospechoso o, en todo caso, superfluo, como un tesoro reservado para algunos elegidos.

- **Si el «verdadero vivir del hombre» es encontrar un sentido, el «vivir en Cristo» no puede ser ajeno al sentido de la vida del hombre.**

Si el «verdadero vivir del hombre» es encontrar un sentido, el «vivir en Cristo» no puede ser ajeno al sentido de la vida del hombre. Comprenderlo de otro modo haría incomprensible la pretensión cristiana de llegar a toda persona humana para ofrecer una verdad necesaria para la salvación.

www.parroquiasantamonica.com

[7] S. AGUSTÍN, *De civitate Dei*, l. 13, c. 10 (CCL 48, 392)
[8] M. BLONDEL, *La Acción (1983). Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica*, BAC, Madrid 1996,3.